

## LIBROS

## "Un país como éste no es el mío"

La poesía, a diferencia de la filosofía, las ciencias o la religión, no es una forma de conocimiento que produzca verdades adorables. Repudia el dogma o el programa y no crea, por tanto, sectas ni feligreses. La poesía —dice Giorán— tiene, como la vida, la ventaja de no probar nada.

"Un país como éste no es el mío", de José A. Gabriel y Galán (Hiperión) (1), puede ofrecer al lector de estirpe política la torpe tentación de una lectura argumental. También una lectura documental (puesto que hay rastros del presente y el pasado nacional) que induzca a buscar la prueba histórica. Con ello, la moraleja se obtiene y, con la bobalicona obviedad de las moralejas, se sabrá que en "este país" (cualquier país) la lucha colectiva (cualquier tensión revolucionaria) es finalmente engullida y "no es" la realidad, aquel proyecto anhelado, ni son, los héroes y símbolos de la persecución, criaturas para llevar siempre entre las ropas y, menos, junto a la familia y los trastos de los nuevos fines de semana.

Quien lea políticamente (religiosamente) el libro, es decir, atropellado hacia la tesis, esperando a un Gabriel y Galán predicador o mitinero, profesional que reparte una moral para reposar serenamente, habrá incurrido en una fácil y temeraria presunción. Sobre "Un país como éste no es el mío" caen, a veces, las huellas de sangre y pan y aceite de la larga posguerra, pero incluso esta materia está en el libro alzada al nivel de las emociones incombustibles. Cuando el texto habla del silencio, el miedo o la depredación hay una voz (varias voces) que concurren no para hacer un inventario arrojado. De ese supuesto inventario han

(1) El libro incluye cinco ilustraciones de OPS.



José Antonio Gabriel y Galán.

quedado los estragos del sonido ahogándose, el grito mutilado y un verso que es en definitiva el resultado del odio circunvalado y la impotencia.

Lo que ha hecho Gabriel y Galán no es un libro que habla sobre algo, es exactamente el estado de la escritura después de aquello. No se describe el silencio, se entrega. No hay reiterados lamentos sobre la devastación; la devastación está en la línea y allí se hospeda. La agonía, por ejemplo, no se copia en un lenguaje deliberadamente desteñido: la agonía es dura y firme como una agonía.

El libro, limpio a fuerza de estar habitado, se defiende en sí mismo contra todo intento de ser "utilizado". Contra la debilidad de buscar en él consuelo y compañía. O se rebela, sobre todo, frente a la posible idea de hallar en él un "obligado" discurso de denuncia, amargura y resentimiento. Tiene, como la buena poesía, la virtud de dar conocimiento y de hacer vivir. No de reconocer y de revivir. La memoria no recuerda, crea, y el pasado es el presente. Sin duda el mejor texto que hasta el momento ha dado a conocer su autor en verso y prosa. ■ VICENTE VERDU. (Foto: LOPEZ RODRIGUEZ.)

## Mírese al espejo

Doris Lessing fue el descubrimiento francés de la temporada pasada. El retraso, nada escandaloso si tenemos en cuenta el patriótico desinterés de los franceses hacia la narrativa anglosa-

jona, ha sido causado en parte por el gradual y prudente lanzamiento de Virginia Woolf, Katherine Mansfield, Viky Sackville-West y otras distinguidas prehistóricas. En España es posible que recibamos la onda este otoño. Y es justo, porque Doris Lessing había sido abundantemente editada por Seix Barral a partir de los años sesenta (¿influencia ladina de Gabriel Ferrater?). Con muy buen criterio, la media docena de novelas que duermen el sueño de los justos en los almacenes catalanes, saldrá de nuevo a los escaparates buscando un éxito que ahora parece más probable.

Y, sin embargo, Doris Lessing no está destinada a ser pasto del lector *standard* de literatura feminista. No hay en ella ese fuego artificial de objetos y sensaciones que suele llevarse la parte del león en este tipo de libros. Lessing, como Susan Sontag, es demasiado inteligente y amarga para ser artista. No es una gran novelista, es más bien un artesano excepcional, con esa calidad que suele atribuirse a las motocicletas inglesas. Su meta es la inteligencia y a ella sacrifica cualquier ambición "literaria". Ya se sabe que para escribir una obra de arte hay que ser un poco estúpido; la lucidez suele producir libros admirables, pero sin genio. Y esa cruel capacidad de análisis es la que faculta al lector para devorar sin empacho las obras de Doris Lessing; porque su despiadado sentido común fascina. En sus novelas todo es normal, no sucede nada extraordinario. Sus protagonistas —ella misma, la mayor parte de las veces— viven acontecimientos comunes,

Doris Lessing.



casi vulgares. Tan es así que *Martha Quest* (1), primera parte de su célebre pentalogía, describe la típica crisis de la típica adolescente surafricana, y uno cree estar asistiendo a la típica crisis de la típica adolescente alicantina. Solo hay una diferencia: a esa crisis asiste también un testigo excepcional, Doris Lessing.

Por eso resulta muy difícil escapar a *Martha Quest* o a *El cuaderno dorado* (2), porque se suceden situaciones que todos hemos vivido o las hemos visto vivir a otras personas, y esas situaciones están anotadas por un juez sin compasión. De manera que es inevitable leer esa archisabida disputa paterno filial que tanto conocemos, con la oscura intención de averiguar qué habría hecho Doris Lessing en nuestro lugar; o esa tediosa discusión marxista-chupatintas, con la esperanza de que Lessing nos dé un truco para escapar de la ratonera la próxima vez que nos atrape. Y así toda la vida: del Bautismo a los óleos.

Se trata de la más pura muestra de literatura pedagógica, de narrativa al servicio de una autocritica más sensible. Si tal o cual persona leñera tal o cual escena (piensa el lector), se daría cuenta de lo ridícula que resulta a nuestros ojos; o lo que es igual: si leo con atención, me apercibiré para no volver a hacer el ridículo. Si, señor, es una literatura culpabilizadora; pero en su fuego se purifica la conducta. En una sociedad tan teatral como la nuestra, en la que casi todos actuamos según modelos infantiles y en la que abundan esos puñes; tazos sobre la mesa cuyo ruido oculta la abismal necesidad de lo que se dice, la lectura de Doris Lessing debería formar parte de una campaña de educación para adultos. Pero ella asume su función pedagógica con tranquila ironía. Pudo ser como Virginia Woolf, basta leer *Historia de dos perros* (3), para darse cuenta de que también sabe escribir así, pero prefiere la eficacia: al diablo la literatura, lo importante es prestar atención a lo que hacemos. La eficacia y ¿por qué no?

(1) Doris Lessing, *Martha Quest*. Seix Barral, 1973.

(2) D. Lessing, *El cuaderno dorado*. Noguer, 1978.

(3) D. Lessing, *Un hombre y dos mujeres*. Seix Barral, 1967.

la venganza. Toneladas de odio contra padres, amantes, maridos, hijos, amigos (ponga usted el femenino donde desee) aplastan las manos al pasar las hojas. Y ese odio escruta cada gesto inútil, cada frase vacía, cada falsa compasión, cada hipocresía, cada seducción, hasta reducir nuestra conducta a una mala imitación de nosotros mismos. Como el lector ya habrá adivinado, los libros de Doris Lessing son perfectos para regalar a según qué conocidos y familiares. ■ FELIX DE AZUA.

## El mundo de la mujer, la clave de la locura

Ha llegado el momento de hacer una revelación sensacional: las mujeres existen. Y existen, desde luego, como inventos, como monstruos creados por una sociedad sexista que toma a un ser humano y, desde su nacimiento, lo va sometiendo a condicionamientos sin cuento para que funcione y cumpla un determinadísimo papel. No solamente el de madre, educadora, transmisora de valores eternos y en algunos casos tijera castradora cuyo lugar está en el gabinete del doctor Freud; la mujer es más cosas: es una zona en el espacio que conviene limpiar, desodorizar hasta en sus partes más ocultas y replegadas, medir y controlar para matar en ese espacio cualquier atisbo de espontaneidad, de crecimiento incontrolado, de vida; un objeto constructor de complicadas joyas gastronómicas —el amor de la mujer entra por el estómago—, siempre dispuesta a convertir al macho dominante en satisfecha boa constrictor, capaz sólo para el sopor de la genésica siesta; un ser cuyos orificios —boca, ano, y en último caso (sólo en caso de urgencia o de necesidad de la especie) incluso el sexo— sirven casi exclusivamente para introducir por ellos un falo al que sirven de refugio —podría decirse que el falo es mordaza, que impide el discurso de la "bestia llamada mujer", como diría T. Moix— y de solaz; un animal sorprendente, contradictorio y,

por encima de todo, desnaturalizado.

Algunos de estos animales desnaturalizados, fotografiados y envueltos en celofán, tiene a veces la osadía de rebelarse contra su en apariencia cómoda condición de ginoides. Tratan de hablar —no con la vagina, como en la famosa película, sino de verdad; con la boca o con la máquina de escribir—.

Inmediatamente, todo el aparato sexista se vuelca contra ellas para ridiculizarlas; y conste que digo sexista, no machista: el macho es otro invento artificial. El aparato sexista trata de callar, desde su máquina de muerte, cualquier discurso natural, bien sea por el ridículo, bien por otras armas más sutiles: obligando a la mujer —o al homosexual, o a cualquiera que

se rebele contra la rígida división de funciones— a adoptar la misma forma de discurso sexista de sus contrarios. Y de ese modo funcionan la mayor parte de organizaciones feministas: o se convierten en parodias de sí mismas, y proponen soluciones disparatadas como la castración de todos los machos, o adoptan un vocabulario y unas formas de actuación calcadas de los

## ADIOS A LAS LETRAS

### Ven a prohibir

*Los dirigentes autoritarios de este país siguen padeciendo la funesta manía de prohibir. Debían darles urbanizaciones vírgenes para que saciaran esa necesidad colocando señales de prohibición en todas las calles. Lo suyo es prohibir, porque ellos creen que el resto del país está dedicado en cuerpo y alma a transgredir.*

*Se equivocan: transgreden ellos. Agreden ellos. Contra la primera condición vital contra la que se manifiestan es la condición del tiempo. No viven en su tiempo, sino que flotan en una especie de nube nostálgica en la que habita un vocabulario presidido por un "no" conservador. Sus manos andan crispadas permanentemente por culpa del alcanfor del escándalo. Tienen la pituitaria sensible. Cualquier día volverán a morir de rabia porque el tiempo no lo podrán prohibir.*

*Lo último que prohibieron aquí es lo que ellos mismos veían en Londres, cuando se escapaban con sus acompañantes a burlarse un poco de su circunspección y de su monotonía. Prohibieron Ven a disfrutar, una obra menor, un divertimento, una nada para contentar a ociosos, porque creen que así defienden a la civilización cristiana de los múltiples peligros que la persiguen. En realidad, la prohibieron para contentarse, tras el verano de crápulas que habrán llevado en sus yates, acompañados del alcohol, la mirada lasciva y la mente calenturienta. Cuando llegan a Madrid es otra cosa: comienzan un vía crucis doloroso, recorren todos los espectáculos y se dedican a librar al prójimo de las tentaciones. La tentación del prójimo no existe, pero ellos la tienen que inventar para curarse de los pecados veraniegos.*

*Un día van a levantarse sin nada que prohibir y van a fijarse en la televisión. ¿Cómo se atreve Isabel Tenaille, dirá la santa esposa, que es la que al fin y al cabo prohíbe, a llevar esos escotes que hacen que hasta el lunar más cercano a su pecho aparezca orondo en la pantalla de color? Luego le prohibirán a "La clave" traer a su espacio a Cohn-Bendit o a un homosexual. Prohibirán todo con un frenesí irremediable. Enviarán notas de inserción obligatoria en los periódicos y descubrirán, de nuevo, que el fútbol es el mejor alimento espiritual de las almas hispanas, esta sangre fecunda que se pudre junto a Gibraltar por culpa de la permisividad que*



Francisco García Salvo.

Portugal permitió que nos entrara hasta poco después de la revolución de los claveles.

Mencionan a Dios como ser que les obliga a ejercer la represión con saña cristiana, con mentalidad firme y fría, con ánimo invariable. Si no tuvieran a Dios, tendrían que inventarlo. Julio Merino, el director del periódico fascista "El Imparcial" —Merino, por cierto, se parece cada día más a Antonio Gibello, un ilustre predecesor suyo—, Merino, digo, acostumbra a afirmar en sus conversaciones privadas que si su diario no tuviera al "cura Paco" —Francisco García Salvo—, miembro de Comisiones Obreras, entre sus colaboradores, "tendría que inventarlo". García Salvo es la justificación del señor Merino para mantener la línea de su diario ultraderechista. Cuando los lectores provincianos de "El Imparcial" polemizan con sus colegas de casino sobre el derechismo del papel, sólo tienen que esgrimir la efigie del "cura" para justificar la "imparcialidad" del invento.

A todos los represores les pasa lo mismo. Franco tenía el fantasma judeomasónico. Los actuales represores, los que prohíben sin tasa para seguir viviendo en la paz de la nada, utilizan una quintaesencia más pura: usan a Dios. Un día, Dios se les va a cansar. ■ SILVESTRE CODAC.